

ASISTIMOS A UN INCREÍBLE RITUAL, TRAS MASIVAS POSESIONES DEMONIÁCAS

SANTO TOMÉ: LA ISLA DEL DIABLO

ANTO/CERO
n. 10 - 267
29/09/2012

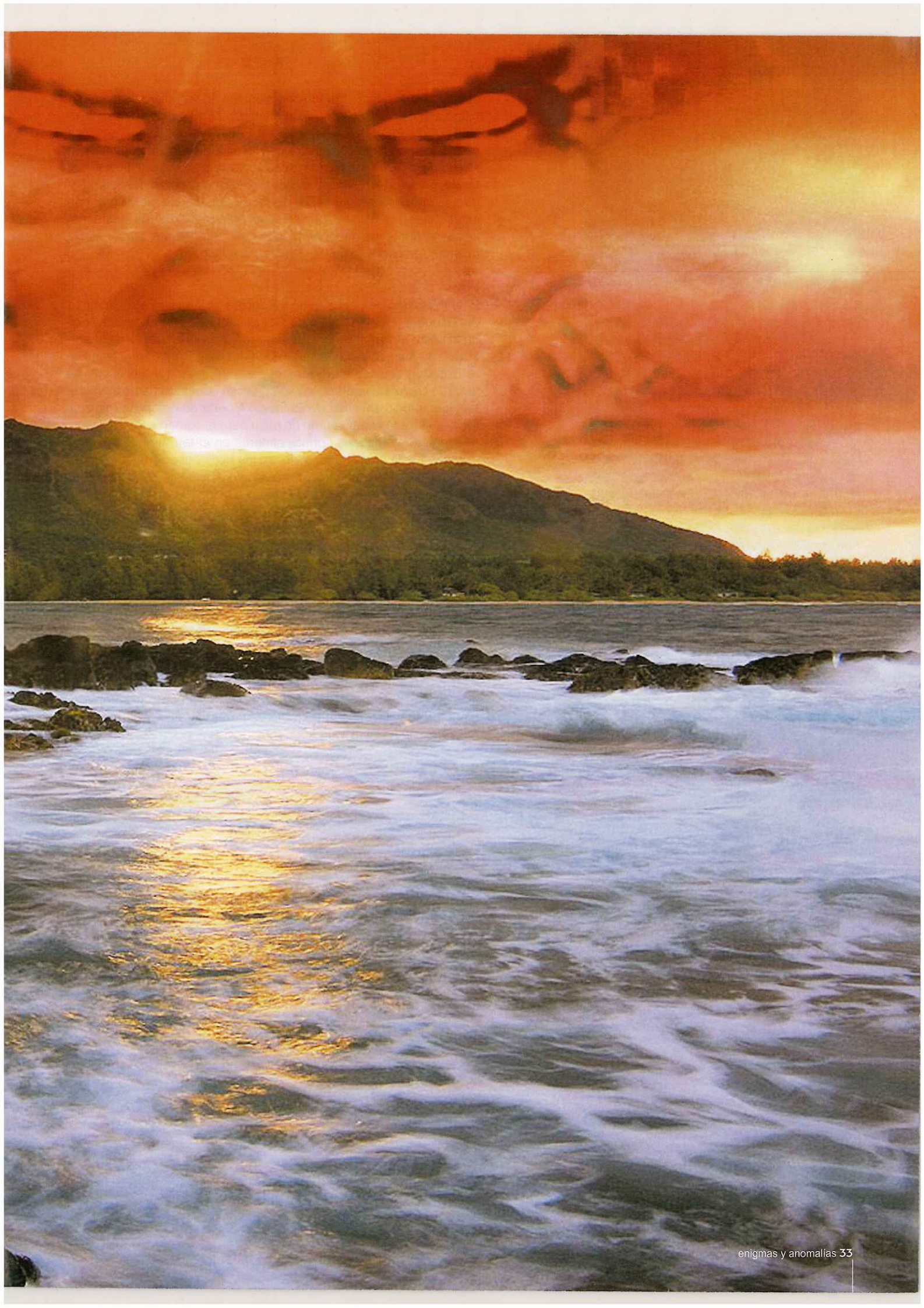
En febrero de 2011, docenas de alumnos de una escuela de la República Democrática de Santo Tomé y Príncipe fueron poseídos por unos espíritus malignos, según publicó un periódico local. Los afectados se volvían agresivos, hablaban lenguas extrañas y demostraban una fuerza sobrehumana. Las autoridades, incapaces de hacer frente a los hechos, pidieron ayuda a un brujo local, quien acabó falleciendo mientras realizaba un ritual para expulsar a los violentos espectros. Los autores del reportaje viajaron al remoto archipiélago para investigar el caso...

por PABLO VILLARRUBIA Y DR. JESÚS EGIDO

En febrero de 2011, Abel Veiga, un periodista del archipiélago africano de Santo Tomé y Príncipe, firmaba un artículo titulado *La lucha contra los espíritus en la escuela secundaria de Guadalupe produjo un muerto*. Veiga, director del periódico *Téla Nón*, señalaba que la única escuela de Guadalupe —capital del distrito de Lobata, en la isla de Santo Tomé— estaba cerrada desde hacía seis meses por un insólito caso de histeria que afectaba a más de cuarenta alumnos de dicho centro de enseñanza. Sin embargo, los muchachos, sus padres e incluso los profesores estaban convencidos de que se enfrentaban a las manifestaciones de espíritus malignos. Según se podía leer en el citado reportaje, ante la pasividad de las autoridades, los padres de los alumnos poseídos decidieron tomar cartas en el asunto y realizar una ceremonia de «limpieza espiritual» denominada D'jambi: misterioso ritual importado por los esclavos africanos que fueron llevados a Santo Tomé y Príncipe en la época colonial portuguesa. Para ello se convocó a uno de los brujos más acreditados de la isla, llamado Jaime Pires, alias «Petche-Petche», quien organizó el ritual en el patio de la escuela. Pero durante la celebración del mismo, el brujo murió fulminado por una



■ Abel Veiga, periodista que publicó la primera noticia sobre las posesiones.





SIN EXPLICACIÓN MÉDICA

Según el doctor Jesús Egido, lo más sencillo sería catalogar los incidentes de posesión como manifestaciones de histeria colectiva, mezcladas con casos de epilepsia. No obstante, desde su punto de vista, hay una serie de hechos que, de momento, no tienen explicación: «Es extraño que, durante el fenómeno de posesión, los chavales tengan la capacidad para hablar en un idioma que desconocen, que se sientan poseídos por una fuerza más allá de sus posibilidades físicas o que desarrollen aptitudes en las que nunca fueron entrenados. Estos factores no son explicables por una epilepsia o por una histeria y, sin embargo, constituyen una evidencia palpable en este caso».

Todos los alumnos que el doctor Egido pudo estudiar, eran muchachos y muchachas normales. Además, tenían una salud envidiable y el carácter y la personalidad de cualquier joven estudiante. Aceptaban la presencia de espíritus como algo natural en su contexto cultural, y lo único que les preocupaba es que dichas entidades los dejasen tranquilos, para continuar con su vida cotidiana.

«He sido testigo en muchas ocasiones —explicaba Egido— de cómo las personas, ante un hecho insólito, tienden a buscar explicaciones plausibles. De este modo, el patrón de su 'realidad' continúa inalterado. Para la mayoría de la gente es difícil de aceptar una verdad que pueda entrar en conflicto con sus firmes y arraigadas creencias, porque trastocaría definitivamente las bases sobre las que sostiene su 'mundo'. La mayoría optan por cubrirse con una dura armadura de convicciones aparentemente científicas y serias, que sigan manteniendo a salvo esas inamovibles convicciones».



|| Arriba y a la izquierda, el doctor Jesús Egido examinando a Marta de Almeida, una de las posesas.

descarga procedente del tendido eléctrico. El veredicto de la comunidad estaba claro: los espíritus malignos habían utilizado sus terribles poderes para asesinar a Jaime Pires. A partir de tan luctuoso hecho, los habitantes de la pequeña localidad de Guadalupe quedaron sumidos en el más absoluto de los terrores. El artículo del director de *Téla Nón* terminaba con las lapidarias palabras del padre Miguel Gómez, sacerdote de la iglesia de Guadalupe: «No se puede jugar con el mal. Si creen que se están enfrentando a una fuerza maléfica, tendrían que haber empleado otro método para acabar con la misma. Con el diablo no hay bromas que valgan».

EN LA TIERRA DEL «MALIGNO»

El archipiélago de Santo Tomé y Príncipe se encuentran en la línea del Ecuador, en pleno golfo de Guinea, a unas 180 millas náuticas de la costa africana. Se cree que fueron dos portugueses de la corte del rey Alfonso V de Portugal, Don João de Santarém y Don Pedro Escobar, quienes en diciembre de 1470, más que descubrir, se toparon con unos «pedruscos volcánicos» completamente deshabitados en medio del «mar de Guinea». A partir de entonces, las islas fueron utilizadas como punto de paso para el comercio de esclavos, desde tierras africanas —principalmente en el territorio de la actual Angola— hasta su último destino, en las ricas posesiones portuguesas de Brasil y en el pujante mercado del Caribe.

Debido a su exuberante clima tropical, en estas islas florecieron decenas de haciendas, donde los esclavos africanos cultivaban la caña de azúcar, el café y el cacao. Éstos, además de colonizar el archipiélago, se llevaron consigo como único cargamento sus ritos y creencias, los cuales permanecieron libres de toda influencia externa, conservando toda su pureza original, puesto que Santo Tomé y Príncipe siempre se caracterizó por su aislamiento insular. El D'jambi es uno de dichos ritos, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos.

El artículo de Abel Veiga llegó a la redacción del programa *Cuatro Milenio* (La Cuatro TV), presentado por Iker Jiménez, gracias a Xavier Muñoz, director de la ONG barcelonesa *Associação Caué-Amigos de São Tomé e Príncipe*. Inmediatamente, se puso en marcha un equipo de dicho espacio televisivo, formado por el periodista Pablo Villarrubia —uno de los autores de este reportaje—, un operador de cámara y su ayudante.



|| Junto a estas líneas, varias escenas de los espectaculares trances protagonizados por los alumnos del centro escolar de Guadalupe.

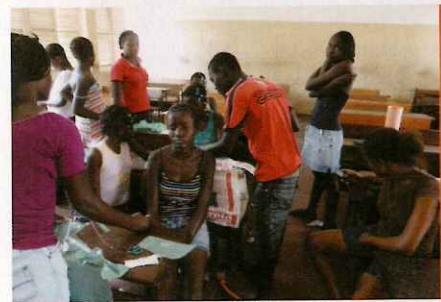
Un vuelo de la aerolínea portuguesa TAP nos dejó en la capital de Santo Tomé, de homónimo nombre, donde nos debíamos encontrar con el médico Jesús Egido —el otro autor del presente artículo—, quien aterrizó poco después procedente de Cabo Verde, donde trabaja en el sector de la cooperación internacional.

Guadalupe se encuentra a unos veinticinco kilómetros al oeste de la capital de Santo Tomé. En cuanto entramos en la localidad, lo primero que nos llamó la atención fue su iglesia: un edificio estrecho y alargado, pintado por completo de blanco inmaculado, en el que destacaba una gran puerta de tonos más oscuros, cerrada «a cal y canto», como para impedir que las fuerzas maléficas que pululaban por el exterior no mancillaran el sagrado recinto. El doctor Egido visitó un convento situado a las afueras de la población, donde pudo charlar con varias monjas de origen portugués. La hermana superior, totalmente convencida, le dijo: «El diablo anda suelto por esta ciudad».

«VEÍAMOS A UN HOMBRE SIN CABEZA»

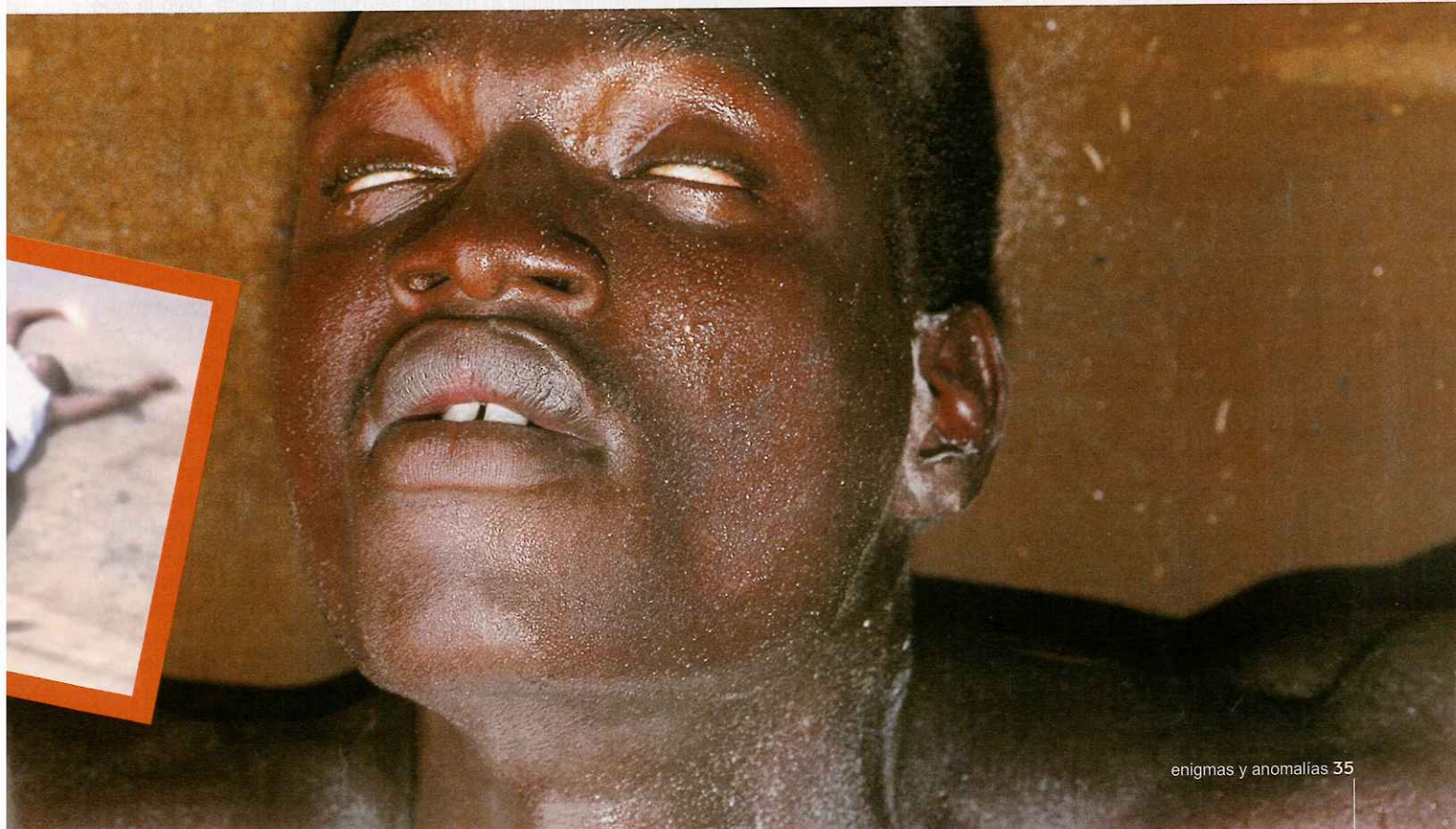
El edificio de la Escuela Secundaria de Guadalupe no puede ser más básico: un patio interior, alrededor del que se distribuyen las aulas. Mientras Pablo Villarrubia entrevistaba a los alumnos y a los profesores del centro educativo, el doctor Egido se dedicó a inspeccionar sus instalaciones. El médico recuerda perfectamente que «de repente, se me aceleró el pulso y una sensación de frío intenso me envolvió, pese a estar en un país tropical donde la temperatura no suele bajar de los 30 °C. Me encontraba ante las clases seis y siete, que estaban completamente vacías. Cuando pregunté por qué no había ningún alumno en las mismas, me indicaron que eran las aulas donde habían tenido lugar las posesiones, por lo que nadie quería permanecer en su interior desde entonces».

Durante los siguientes días entrevistamos a un buen puñado de testigos de los extraños fenómenos ocurridos en la escuela. Por ejemplo, Brunilde de Souza, una alumna de catorce años que había sufrido



■ Brunilde de Souza (arriba) vio un espectro sin cabeza. Izquierda, alumnos del colegio.

Durante las posesiones, los muchachos mostraban una fuerza sobrehumana y hablaban antiguas lenguas que no conocían



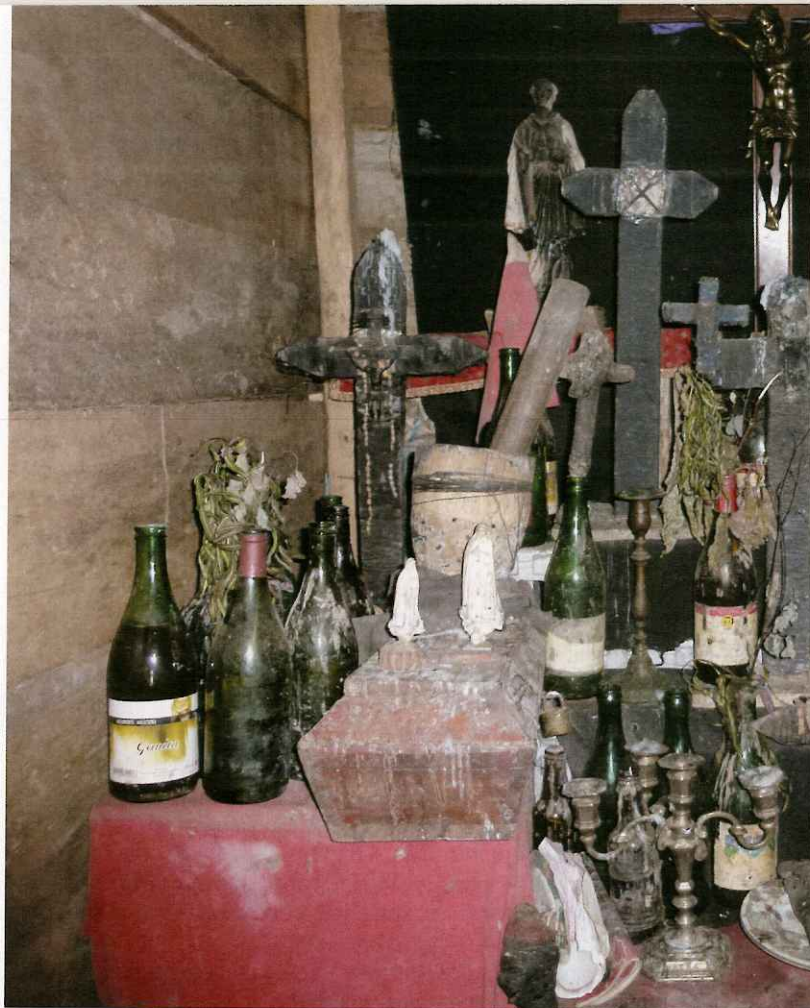
LA HISTORIA SE REPITE

— Cuando abandonamos el bello y apacible archipiélago africano, pensamos que volvería la normalidad, sin embargo no fue así y, de nuevo, tuvo lugar una oleada de posesiones. En junio de 2012, cuando todo parecía tranquilo entre los estudiantes de Santo Tomé y Príncipe, saltó otra vez la alarma. Algunas de las escuelas secundarias del archipiélago volvieron a convertirse en el epicentro de nuevos trances colectivos —de hasta treinta alumnos al tiempo—, lo que provocó que las autoridades decidieran suspender las clases. El ministro de Educación, Olinto Daio, fue abordado por los afectados, pero no ofreció ninguna solución al problema. Agentes de la Policía Nacional acudieron a uno de los centros educativos, viendo con sus propios ojos cómo cinco alumnas se revolcaban por los suelos. Impotentes ante una situación que no entendían, lo único que pudieron hacer fue reducir, con enorme dificultad, a una de las jóvenes, que exhibía una fuerza descomunal, golpeando a todo y a todos a su alrededor. Según el periódico *Téla Nón*, una profesora, Angélica Costa, afirmó que era muy complicado desarrollar su labor en tales condiciones, pues ella misma se vio aquejada por problemas psicológicos, ante los insólitos fenómenos que había podido contemplar. —

¿LO SABÍAS?



No abundan los antecedentes de sucesos de posesión colectiva, sin embargo algunos de ellos han tenido gran impacto histórico. Uno de los más famosos fue el de las Brujas de Salem, en 1692, en varios condados de Massachusetts (EE UU), donde más de 150 personas fueron acusadas de brujería. Otro caso, el de las endemoniadas de Loudun, tuvo lugar en 1634 cerca de Poitiers (Francia), y las protagonistas fueron un grupo de monjas.



do varias posesiones, nos contó un espeluznante relato: «Otras chicas y yo nos desplomábamos al suelo y empezábamos a hacer cosas de las que luego no nos acordábamos. Después, nos las contaban nuestros compañeros». «¿Llegaste a ver algo extraño?», le preguntamos, a lo que la muchacha respondió: «Sí. A veces veía un hombre sin cabeza. Era más bien mulato, muy alto y llevaba una capa negra. Siempre hacía lo mismo. Se quitaba la capa, bajo la que ocultaba unas alas, y desaparecía volando».

EL BRUJO MURIÓ DURANTE EL RITUAL

Otro estudiante, Danilberto Bragança, nos contaba: «A todos los que los poseían eran buenos compañeros, pero cuando les ocurría eso, los ojos se les ponían en blanco, los músculos se les tensaban y se convertían en personas con mucha más fuerza de lo normal. Después empezaban a caminar como si les costase un enorme esfuerzo levantar cada pierna». Y añadió: «Parecía que la 'rabia' aumentaba cada día. Por ejemplo, una vez vi cómo una niña levantaba dos pupitres, uno en cada mano, y acababa arrojándolos lejos. Aquello era increíble». En ocasiones, tenía lugar un fenómeno de trance colectivo, afectando al mismo tiempo a decenas de alumnos de distintas aulas. Lo sorprendente es que mostraban una fuerza sobrenatural y proferían frases en dialectos locales ya desaparecidos, que desconocían por completo.

Gelson Ramos Santana, profesor del centro escolar, recordaba que «algunos de los niños se descontrolaban y se ponían muy nerviosos; otros se mostraban enormemente agresivos, llegando al extremo de reventar a golpes las ventanas y las puertas». Mientras hablaba, nos iba enseñando los estragos de tales actos, todavía visibles en las instalaciones de la escuela. Jerónimo Salvaterra, Inspector del Ministerio de Educación a quien entrevistamos en su despacho, nos dijo: «Los niños y niñas, especialmente éstas últimas, se transformaban en todos los aspectos. Por ejemplo, sus voces eran las de otras personas».



■ Izquierda, a doble página, altar mágico del fallecido Jaime Pires. Arriba, José Gué, director de la Escuela Secundario de Guadalupe, donde tuvieron lugar las posesiones colectivas.

José Gué, director de la escuela, nos contó que cierto día el hechicero Jaime Pires se dedicó a escarbar en un lugar del patio. «Yo mismo vi cómo desenterró una calavera, una cabeza humana descarnada», aseguró. Según el inspector Salvaterra, «más tarde averiguamos que en el terreno donde se construyó el colegio, había antiguamente un cementerio». Como las posesiones aumentaban días tras día, la comisión de padres y alumnos decidió contratar a un joven hechicero de Guadalupe: el mencionado Jaime Pires, que preparó un ritual de D'jambi para expulsar a los espíritus malignos del centro educativo. Jerónimo Salvaterra, auténtico estudioso del folclore isleño, es autor del libro *Mungungo. Mtos e cultura santomenses*, en el cual explica que «la curación mediante una ceremonia de D'jambi busca la eliminación de los conflictos psíquicos de los poseídos, seguida de la armonización interna, provocada por la enajenación a la que los pacientes son sometidos en el trance final».

El 29 de febrero de 2011, el brujo Jaime Pires, de tan solo 25 años, y sus ayudantes invocaron a las fuerzas del más allá para combatir a los espíritus que causaban el terror entre los escolares. Mientras los tambores retumbaban y los frenéticos bailes se sucedían alrededor de una hoguera, el brujo, en trance, decidió realizar una maniobra muy peligrosa: trepó hasta lo alto de un poste del tendido eléctrico, situado en el patio del colegio. El profesor José Gué nos describió la escalofriante escena del siguiente modo: «Bailó sobre el poste, donde fumó un puro, pero cuando descendía se aproximó a un cable, aunque no llegó a tocarlo, y se electrocutó. Quedó completamente quemado, sin embargo sus ayudantes lo dejaron allí toda la noche, con la esperanza de que los espíritus lo resucitarían. Nada sucedió, así que por la mañana lo llevaron al centro de salud, donde certificaron su muerte».

José Gué nos contó que justo en el momento en que falleció el brujo, nació el último de sus hijos, pues su mujer se encontraba de parto. A partir de entonces, los fenómenos de posesión dejaron de manifestarse en la escuela. Todos lo atribuyeron al ritual de D'jambi y a la intervención de Jaime Pires, el hechicero, cuya muerte, supuestamente, aplacó la furia de los espíritus malignos.

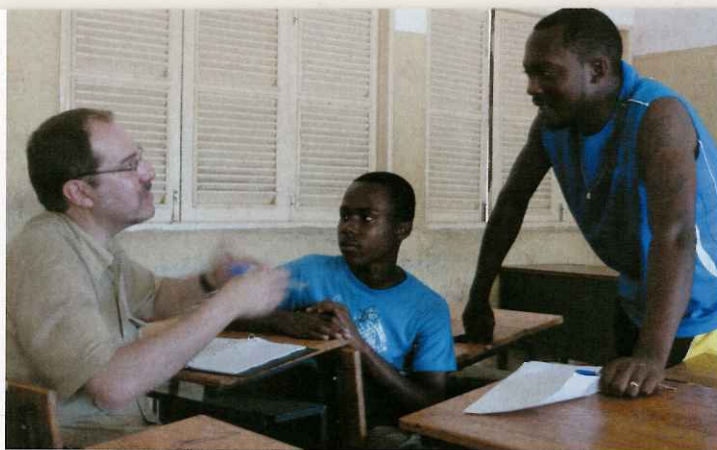
EXORCISMO MASIVO

Una comisión de padres y estudiantes decidió organizar una manifestación para que reabriesen la escuela, pues las autoridades habían decretado su cierre temporal hasta que se descubriese la causa de las posesiones. Los manifestantes recorrieron los veinticinco kilómetros que separan Guadalupe de la capital, Santo Tomé. Pero nada más llegar al Ministerio de Educación, una alumna de catorce años entró en trance. Según nos relató Daniilberto, testigo ocular de los hechos, «vinieron siete policías para sujetarla y ninguno pudo con ella. La niña empezó a luchar con 'algo' desconocido. Si la tocaban, ella se agachaba y después se levantaba con más fuerza, como si un espíritu la poseyera».



■ Izda., poste en el que se electrocutó el brujo Jaime Pires durante el D'jambi. Abajo, su viuda, Brunilde, mostrando fotos de éste.





Arriba, Pablo Villarrubia, uno de los autores del presente reportaje, entrevistando al profesor Gelson Santos Santana y al alumno Danilberto, ambos testigos de los hechos.

Tras localizar a Alice, la viuda del brujo fallecido, Pablo Villarrubia le propuso organizar un ritual de D'jambi en Guadalupe. Pero esta vez no en la escuela, sino en el patio de su casa. Ella aceptó, pues las posesiones continuaban, aunque con menor intensidad, y además estaba convencida que debía apaciguar al espíritu de su marido. Sería imposible hacer una descripción «aséptica» de aquella ceremonia de D'jambi. En nuestra memoria sólo conservamos imágenes y sensaciones, como destellos en la oscuridad. Primero, el cielo estrellado de una noche tropical, iluminado por una enorme Luna llena. El ruido de la *batucada* —los tambores— atronando en el silencio. El pequeño recinto llenándose de hombres, mujeres y niños de ojos luminosos y piel negra como el azabache... Y aquella enorme hoguera, cuyas llamas se elevaban casi hasta fundirse con las estrellas.

NOS CONVERTIMOS EN TESTIGOS DE LO INSÓLITO

No tardó tiempo en correr entre los participantes el aguardiente de palma y abundante cantidad de tabaco. Mientras, el fuego se atemperaba. El oficiante de la ceremonia, un brujo joven de torso desnudo, comenzó a bailar al ritmo de los tambores. Primero de forma suave, pero luego aceleradamente, hasta conseguir en poco tiempo un ritmo frenético y alocado. El hechicero daba vueltas alrededor de las brasas, haciendo saltar mil y una chispas de sus pies, que envolvían su cuerpo como si se tratase de una cortina de pequeñas luces rojas. Su mirada, perdida hacia el infinito, denotaba unos ojos desmesuradamente abiertos y unas pupilas completamente dilatadas.

Una mezcla del olor agrio del aguardiente de palma, el sudor de los cuerpos y el humo de la hoguera nos envolvía por completo. Junto a las llamas distinguimos un aroma diferente, acre y profundo, que emanaba de la tierra en forma de humo. Las tenues «nubes» nos iban envolviendo poco a poco, impregnando nuestros cuerpos. Por unos instantes tuvimos la sensación de que «algo más» nos acompañaba aquella noche.

En un determinado momento, entre los participantes se instaló una agitación indescriptible. Entonces, dos mujeres se mostraron visiblemente alteradas. Una se tiró al suelo, rodando una y otra vez sobre las brasas, sin mostrar el más mínimo síntoma de dolor. Otra tomó entre sus manos un rescaldo ardiente y comenzó a comérselo!, saliendo de su boca miles de chispas. La siguiente escena nos dejó helados: un hombre agarró por los tobillos al hijo de Alice, un niño de un año de edad, y empezó a zarandearlo sobre los restos de la hoguera.



Sobre estas líneas, momento del masivo ritual de D'jambi en el que participaron los autores del reportaje. A la derecha, el brujo oficiante de la ceremonia bailando sobre las brasas.



En cierto momento del ritual, una mujer comenzó a rodar sobre las brasas, mientras otra se comía un rescaldo ardiente



■ Al final de la ceremonia (imagen a la izda.), los participantes en la misma se acercaron al cementerio de la localidad, para devolver a su lugar de descanso a los espíritus malignos que acosaban a los estudiantes.

El doctor Jesús Egido sintió que poco a poco perdía el control, y una fuerza interna lo empujaba a unirse a aquella frenética danza, para exorcizar a los espíritus que atormentaban a los habitantes de Guadalupe... Y, posiblemente, también a los que habitan en el interior de toda persona.

De pronto, una marabunta de gente nos arrastró hacia el cementerio de Guadalupe, sin que pudiéramos hacer nada para impedirlo. Al final, logramos escapar de la «vorágine humana» y nos refugiamos en nuestro coche, intentando recobrar la calma. Desde el interior del automóvil observamos cómo docenas de personas saltaban la tapia del camposanto, iluminado por la Luna en todo su esplendor, con el objetivo de hacer regresar a los espíritus malignos a su lugar de descanso eterno. Así terminó la ceremonia de D'jambi.

CREENCIAS ANCESTRALES

Durante el tiempo que permanecemos en Santo Tomé y Príncipe visitamos a varias alumnas de la Escuela Secundaria de Guadalupe. Entre ellas a Marta Almeida, de dieciséis años, una de las muchachas que sufrió en propias carnes el fenómeno de posesión. De carácter tímido, nos recibió amparada por su familia en el exterior de su humilde hogar, en realidad unas cuantas tablas a modo de paredes y un techo de zinc. Según el doctor Egido: «Marta me contó que había visto cómo una amiga suya caía al suelo y comenzaba a tener contracciones. Ante tal visión, otros niños que estaban presentes, se contagiaron, mostrando un cuadro histérico. Lo mismo le pasó a mi informante».

Para las personas de la ciudad de Guadalupe, y por extensión también de Santo Tomé y Príncipe, la convivencia con el mundo de los espíritus es algo normal y cotidiano. Desde lo más remoto de sus orígenes ha existido esa relación, y sus ancestrales ceremonias están encaminadas a lograr la comunicación con los espíritus. De hecho, el ritual de D'jambi consiste, en definitiva, en contactar con los espectros para calmarlos y «arrojarlos» a «la paz del cementerio». ■ ■

